

RESEÑAS DE LIBROS

LEO YUEH-YUN LIU, *China as a Nuclear Power in World Politics*, New York, Taplinger Publishing Co., 1972. 125 pp.

Durante la primera mitad de los sesenta la República Popular China (RPC) se constituyó en la más joven de las potencias nucleares del Globo, habiendo realizado a partir de 1964 once ensayos atómicos de diversa magnitud y categoría, y colocado en la órbita terrestre varios satélites artificiales. El trabajo del Dr. Leo Yueh-yun Liu discute los objetivos de la política exterior de la RPC, intenta examinar la manera en que éstos han sido y serán afectados por la posesión y el futuro desarrollo de las armas nucleares chinas, y considera las posibles implicaciones de este fenómeno en las relaciones internacionales de nuestros días.

El primer capítulo constituye un esbozo de la organización, características y funcionamiento del sistema internacional surgido a partir de la segunda guerra mundial, sistema al que el autor, apoyándose en la teoría general de los sistemas, atribuye una tendencia hacia la estabilidad y el equilibrio. Dicha estabilidad es susceptible de ser alterada a profundidad por varios factores entre los que se incluyen: la proliferación de armas nucleares, la carrera armamentista entre las superpotencias, y el trastorno del equilibrio nuclear. Así, la manera en que un nuevo miembro del club atómico trascienda en el funcionamiento del sistema será concomitante de las modificaciones experimentadas en los mencionados factores, y tales modificaciones estarán determinadas por los objetivos de la política exterior del novicio atómico.

En el capítulo segundo, Yueh-yun externa su interpretación de los objetivos básicos de la política exterior de la RPC. Instalado en una perspectiva histórica el autor visualiza al actual régimen de Pequín como heredero de la tradición de un orden imperial que reconoce a China como su centro hegemónico, el "reino central" en torno al cual se establece un sistema de "países tributarios" mantenido y conservado "por la fuerza" cuando ésta es necesaria. Sobre tal particular, aun en el caso de que los actuales líderes chinos estén influidos por la tradición imperial de su país, el autor pasa por alto que el imperialismo enarbolado por las dinastías Han, T'ang, Ming y Ching era básicamente uno de carácter cultural, es decir, consistente en la misión de transmitir y difundir la civilización china a los "países bárbaros"; los emperadores chinos se sentían comprometidos a civilizar al mundo (mas no a dominarlo o a controlarlo política o militarmente) a fin de instaurar una comunidad universal de reinos cimentada en y orientada hacia el más alto nivel de cultura alcanzado por el hombre en su evolución: la cultura china. El sistema tributario fue una extensión de la estructura social confuciana en la cual las relaciones básicas se ajustaban a un patrón jerárquico que va de los niveles superiores a los inferiores (de emperador a súbdito, de padre a hijo, de hermano mayor a hermano menor, etc.). Este sistema fue conocido en Occidente como "la familia confuciana de naciones" en la que China era el jefe de la misma y los demás países miembros subalternos.

En adición a los "intereses territoriales" tradicionales y contemporáneos, la ideología es para el autor el otro gran elemento generador y constitutivo de la política exterior china. Sin mayores refinamientos, desgloses, sutilezas o cuidados, en forma abruptamente simplista, los intereses territoriales son identificados con el interés nacional (concepto por demás elusivo y abstracto) y la ideología con el "Maoísmo". El así denominado maoísmo (fenómeno inexistente en el espectro político de China, en tanto que se trata de un concepto acuñado por la propaganda occidental) se origina de la combinación del marxismo-leninismo con el pensamiento de Mao Tse-tung, este último derivado a su vez de la experiencia revolucionaria de los comunistas chinos, de donde resulta que la "ideología china" es una ideología revolucionaria que atenta contra el *statu quo*, pretendiendo trastocarlo, transformarlo, remodelarlo.

En opinión de Yueh-yun, una combinación indeterminada de ambos factores: interés nacional e ideología, fecunda, conforma, encausa y orienta las decisiones de Pequín concernientes al enfrentamiento de China contra el Mundo, ya que juzgando con fundamento en la exposición es difícil referirse a ello como a una política exterior, como a las relaciones internacionales de un país al que hasta ayer se le negaba el sostener relaciones imponiéndole una cuarentena que evitara la contaminación del "mal anaranjado": una "amenaza roja-púrpura" que alarmaba a los soviéticos, un "peligro amarillo" inconmensurable, equivalente a un Vietcong a la enésima potencia para los generales norteamericanos.

En el tercer capítulo se ofrece una visión desafocada, incompleta, recordada, de la estrategia nuclear de la RPC. Haciendo malabarismos con citas fuera de contexto el autor fabrica la imagen de una China demoniaca, contraria a la proscripción de ensayos atómicos y dispuesta a fomentar la proliferación de armas nucleares en los países atrasados y débiles, explotados y oprimidos por el imperialismo. Al respecto, es obligado dirimir el punto, dilucidarlo y aclararlo, exponiendo la estrategia china de acuerdo con los propios chinos. Para Pequín, el tratado de Moscú de 1963, concerniente al cese parcial de pruebas nucleares, celebrado por la Unión Soviética, los Estados Unidos y la Gran Bretaña, no es en absoluto un tratado tendiente a fortalecer la paz, puesto que desvincula por completo el cese de pruebas de la tarea general de prohibir las armas nucleares; además, sostienen los chinos, dicho tratado crea una falsa impresión de pacifismo que adormece la conciencia revolucionaria de los pueblos, al tiempo que permite a las potencias nucleares continuar la práctica del "chantaje nuclear". Los chinos consideran este tratado como un fraude, y fincando su política en los anteriores razonamientos, se oponen al mismo. Por otro lado, la RPC se declara partidaria de "la prohibición total y la destrucción completa" de las armas atómicas.

En relación con la segunda estimación, la de la postura china frente a la proliferación de armas nucleares, Pequín afirma que mientras mayor fuera el monopolio nuclear ejercido por las superpotencias, mayor sería el peligro de una guerra puesto que no habría país capaz de enfrentárseles; pero una vez que aquellos sometidos al "chantaje" logren destruir el monopolio fabricando sus propias armas, el predominio de Washington y Moscú en este terreno dejará de ser tan efectivo y aumentará la posibilidad de que se prohíban y destruyan completamente las armas nucleares. La anterior parece ser una argumentación lógica, dialéctica y coherente, más que un llamamiento a los países no poseedores de armas nucleares para que se hagan de las mismas. Además, aunque al exponer su posición Pequín habla en el plural de tercera

persona, es evidente que lo hace refiriéndose a su muy particular circunstancia.

El capítulo cuarto presenta una breve reseña histórico-descriptiva de la evolución de la RPC como potencia nuclear, de 1953, en que se inicia el programa para la utilización pacífica de la energía atómica, hasta 1971, en que se envía al espacio el segundo satélite artificial. La primera etapa de este proceso la constituye el período comprendido de 1953 a 1960, el período de estrecha colaboración científica y tecnológica entre la Unión Soviética y China. Momentos culminantes de este período lo son: el acuerdo sino-soviético de cooperación para el desarrollo y utilización pacífica de la energía atómica, de octubre de 1954; el acuerdo sobre "Nueva Tecnología para la Defensa Nacional", de octubre de 1957, en el que Moscú se comprometió con Pequín a poner en práctica un programa común de 122 apartados, de carácter tanto científico como tecnológico, que habría de llevarse a cabo entre 1958 y 1962; y la suspensión paulatina del mismo entre finales de 1959 y mediados de 1960.

La segunda etapa es la comprendida a partir de la suspensión del acuerdo del 57, hasta abril de 1971, en que se coloca en órbita el segundo de los satélites artificiales chinos. Como resultado de la firme determinación y del esfuerzo intensivo desplegado, la RPC hizo estallar con éxito su primera bomba atómica el 16 de octubre de 1964, a la que siguieron una serie de ensayos progresivos hasta llegar a la detonación de una bomba de hidrógeno de tres megatones de TNT, en octubre de 1970.

Al presente, la capacidad nuclear de China es bastante limitada si se le compara con el nivel alcanzado por los norteamericanos o los soviéticos; sin embargo, el programa atómico de la RPC se ha desarrollado a un ritmo acelerado y en un plazo mínimo, comparándolo también con los programas de países como Gran Bretaña y Francia. Funcionarios del Departamento de Estado de Estados Unidos han calculado que China podrá llegar a ser una potencia con proyectiles balísticos de mediano alcance (*medium-range ballistic missiles: M.R.B.M.*) para mediados de los setenta, y que en un futuro a la vuelta de mañana estará fabricando sus proyectiles balísticos intercontinentales (*intercontinental-range ballistic missiles: I.C.B.M.*).

Basándose en estos indicadores el autor da por descontado que la RPC no tardará en constituirse en una gran potencia nuclear, a la par de las otras dos grandes, opinión que no deja de ser hartamente peliaguda, aventurada, debatible, riesgosa. Sospechamos que los líderes chinos están perfectamente conscientes de su desventaja en esta esfera, y de que en el estado de las circunstancias actuales es prácticamente inoperante y sin sentido la sola idea de intentar alcanzar un equilibrio frente a los Estados Unidos y la Unión Soviética.

El siguiente capítulo, en el que se pretende discutir la estrategia de la RPC en la era nuclear, representa un ejemplo característico de la tendencia a considerar la belicosidad verbal de Pequín como una clara y detallada enunciación de los objetivos de su política exterior. La prosa revolucionaria es admitida, sin más, como la declaración de las intenciones que China intenta concretar en la práctica. Así, Yueh-yun parece estar convencido de que los chinos están dispuestos a revolucionar al orbe, y de que sólo los restringe temporalmente el temor a las represalias de los norteamericanos y las limitaciones fijadas por los soviéticos.

El último capítulo logra rescatar a la obra que reseñamos de un gris e incierto paradero. Al ocuparse de la posible actuación de la RPC como una "potencia nuclear operativa" el autor aspira a trabajar sobre la resbaladiza

superficie de la futurología y alcanza, sin temor a exagerar o equivocarnos, sin afán de crítica destructiva o malintencionada, los difíciles, escarpados y estimulantes niveles de la política-ficción. La premisa fundamental de la que se infieren las elaboradas especulaciones es la de que China persigue un equilibrio nuclear con las dos superpotencias, y de que es factible que materialice esta aspiración en un plazo aproximado de quince años.

A consecuencia del surgimiento de la RPC como el tercer gigante nuclear, y en razón de su política esencialmente "revolucionaria y ofensiva", contrapuesta a la actitud "conservadora y defensiva" de los colosos uno y dos, será inevitable el inicio de una reacción en cadena de nuevos y numerosos países poseedores de armas nucleares. Todo tipo de impedimentos serán al final superados prácticamente por cualquier gobierno que se proponga ingresar al antes elitista "*Atomic Club*"; los recursos naturales indispensables para la fabricación de las armas en cuestión estarán a disposición de todos aquellos países que los requieran, y obstáculos tales como la ciencia y la tecnología nuclear dejarán de serlo, en base a los esfuerzos de los propios interesados orientados hacia este objetivo, en un tiempo aproximado de seis meses. Con la reproducción indiscriminada de armas atómicas, será un hecho el nacimiento de un mundo nuclear en el que hasta el más pequeño, atrasado y débil de los países sea gozoso propietario de los entonces accesibles artefactos.

A causa de los anteriores desarrollos se producirán una serie de amplias y profundas repercusiones en la organización, características y funcionamiento del sistema bipolar laxo: con la proliferación del átomo belicista la posibilidad de una guerra nuclear aumentará más que proporcionalmente al número de nuevos países dueños de tales armas. La estabilidad mundial estará condicionada por la voluntad de una pléyade de noveles actores, inexpertos en la interpretación de papeles de intenso dramatismo en la trama internacional; la improvisación, la irresponsabilidad, y las decisiones apresuradas serán riesgos presentes en todo momento mientras no se arribe a un reacomodo que se imagina extremadamente difícil. La fuerza ofensiva de los nuevos países nucleares será muy heterogénea, y la mayoría de ellos no alcanzarán la capacidad de responder a una agresión a estos niveles (*second-strike nuclear force*) por lo que la predisposición a tomar la iniciativa en el ataque será muy elevada; así, al multiplicarse las fuentes de ataque nuclear se agravará en mucho el peligro de golpes preventivos y ataques anónimos.

La comunicación entre los países será aparatosa y los entendimientos y negociaciones imposibles: habrá de implementarse, a escala planetaria, un sistema equivalente al "teléfono rojo" que comunica a Washington y Moscú, lo que, como cabe sospechar, ocasionará agudos quebrantos cerebrales. Una densa complejidad regirá las relaciones entre los numerosos países con muy diverso potencial nuclear, entre éstos y las superpotencias, y entre las superpotencias uno, dos y tres. Los bloques de países naufragarán en la desintegración, ya que la habilidad disuasiva de las potencias hegemónicas se verá seriamente erosionada, desaparecerán los países no alineados, y brotarán numerosas alianzas bipartitas y coaliciones tripartitas. Para colmo, la Organización de Naciones Unidas estará condenada a extinguirse dada su, para entonces, virtual paralización.

En breve, el balance de la obra del Dr. Yueh-yun es desequilibrado, pendular, contradictorio, desigual: el enfoque es parcial, el análisis no muy profundo, la documentación magra e incompleta, la crónica histórica esencialmente descriptiva, los juicios valorativos inconsistentes, las lucubraciones

desaforadas. Su lectura, no siempre orientadora para los no iniciados en la problemática china, ha de emprenderse con cautela a fin de distinguir entre los hechos tal y como son en realidad, y la interpretación particular, sugerente y debatible que de los mismos se ofrece.

HUMBERTO GARZA ELIZONDO
El Colegio de México

A. DORFMAN y A. MATTELART, *Para leer al Pato Donald, comunicación de masa y colonialismo*, 2ª ed., Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, S. A., 1972, 160 pp.

Los autores de este controvertido libro chileno, tuvieron un doble propósito. Por una parte, el objetivo científico de estudiar rigurosamente un ejemplo de la cultura de masas de los Estados Unidos muy presente en nuestros países latinoamericanos, mediante el análisis de contenido de las historietas cómicas de Walt Disney. El otro objetivo —de orden político y de gran importancia en el contexto chileno actual— es el de mostrar la necesidad de realizar un cambio superestructural a la par de la transformación de las relaciones sociales de producción preconizada por el gobierno de la Unidad Popular. De no ser así, los autores arguyen, la existencia de las formas culturales burguesas en una sociedad que se ha propuesto el tránsito pacífico hacia el socialismo, les permitirá “consolidarse hasta el punto de neutralizar —cuando no de liquidar— las nuevas estructuras conquistadas”.

Dorfman y Mattelart parten del supuesto básico de que en la literatura infantil se encuentran en toda su nitidez las utopías y fantasías del mundo adulto. Quizás porque esta literatura está encubierta de un velo de aparente ingenuidad, las representaciones colectivas y los conflictos del mundo adulto —y en nuestro caso, burgués— aparecen con aterradora claridad. El mundo creado por Walt Disney es un ejemplo perfecto. En el análisis de noventa historietas de este género aparecidas en Chile a lo largo del año de 1971, los autores se encuentran una serie de situaciones y personajes recurrentes que pintan con gran exactitud los aspectos esenciales de la cultura burguesa contemporánea.

Lo primero que salta a la vista en las historias de Disney es la peculiaridad de las relaciones familiares de sus personajes. Existe una ausencia total de progenitores. Las familias se definen por relaciones avunculares y entre machos y hembras no se dan más que los noviazgos eternos. Por añadidura, estas relaciones son verticales y autoritarias. Los mayores tienen un dominio absoluto e indiscutido sobre los pequeños, y lo mismo se repite entre los miembros de sexo diferente. El resultado es la falta de cariño y solidaridad entre todos. Nadie ama a nadie; la relación usual es de carácter utilitario y la única expresión afectiva que aparece de vez en cuando, es la caridad. Las implicaciones de esto no aparecen inmediatamente, pero la interpretación que hacen los autores es interesante: el mundo familiar es estático, no hay cambio posible porque nadie crece ni modifica su estado. “El mundo de Disney es un orfelinato del siglo XIX. Pero no hay afuera: los huérfanos no tienen dónde huir.” Son incapaces de rebelarse, y por otra parte, como no crecen, nunca saldrán del orfelinato por vía de la evolución biológica personal.

Los simpáticos y adorables animales antropomórficos de estas historietas están siempre a la caza de aventura. Su vida en Patolandia es fácil pues nin-